

DE HOMBRES Y RÍOS

Francisco Narla

**DE
HOMBRES
Y RÍOS**

**Los secretos de la selección española
Trucos, artificiales y técnicas**

Un homenaje a los ganadores de tres oros mundiales

Fotografías de Alberto Castro



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio

Primera edición: septiembre de 2021

© Francisco Narla, 2021
© fotografías: Alberto Castro, 2021
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-350-6528-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 12570-2021

Impreso en España

PRÓLOGO DEL AUTOR

Me he cansado de dar explicaciones. Estoy harto de presumir de selección y recibir como respuesta cejas enarcadas. Al mencionar la pesca con mosca, nunca me topo con caras sonrientes o silbidos de admiración.

Es una pena. El balompié parece acapararlo todo...

Lo mío es contar historias y, de vez en cuando, encargarme de un avión de pasajeros; aunque todos somos algo más que aquello que nos permite pagar las facturas. En mi caso, ese algo adicional es fácil de definir: soy un curioso impenitente.

Siempre estoy intentando aprender algo nuevo: he dedicado mi tiempo al cultivo de bonsáis, la apicultura, el tiro con arco, la esgrima medieval, el dibujo, la contemplación de piedras o la caligrafía. Además, la investigación para mis novelas me ha llevado a ton-tear con múltiples disciplinas; intentando conocer a mis personajes, he aprendido sobre la fabricación artesanal de botones, la caza con señuelo, la navegación a vela o la fabricación de cuerdas para instrumentos musicales. Y entre todas esas peleas con mi ignorancia hay una que me acompaña desde antes de afeitarme: la pesca.

La pesca con mosca, al látigo, con mosca ortodoxa, la tralla..., como quiera llamarse; *fly fishing* le dicen los ingleses y se han apropiado los americanos.

Empecé siendo un crío. En el primer verano de mi adolescencia tuve la suerte de conocer a dos maestros que me dejaron abusar de su paciencia (gracias, muchas gracias, que-

rido Julio; gracias, muchas gracias, querido Regueiro). Desde entonces, hace casi treinta años, el río ha llenado mi vida de recuerdos y la pesca ha alimentado el fuego de mi curiosidad. Jornada a jornada se agrandaba el horizonte de mi ignorancia. Han sido tantas las curas de humildad que me han ofrecido mis amigas las truchas... Qué razón tenía mi admirado Delibes.

No podría entender mi vida sin las líneas, los hilos, los carretes, las cañas... Sin la pesca.

De hecho, en mis novelas siempre aparece alguna referencia; en *Assur* incluso me atreví a contar cómo podían haber llegado hasta la península ibérica aquellas primeras artificiales descritas en *El manuscrito de Astorga*.

Que no le digan lo contrario, querido lector, los escritores dejamos parte de nosotros en nuestras páginas.

Así acabé metido en este lío; esas menciones que salpican mis cuentos llamaron la atención de algunos y el ayuntamiento lucense de A Pontenova tuvo la bendita idea de concederme el galardón de su fiesta local, la preciada





«Trucha de Oro» (gracias una vez más por tal regalo, espero que no olvidéis que aquí tenéis a un ribereño de corazón).

La concesión fue el mismo año en el que mis amigos del concejo pontenovés invitaron también a Pablo Castro Pinos a la celebración de sus festejos. En aquel entonces, mi estimado Pablo ya había conseguido, entre muchísimos otros títulos, el de campeón individual en un Europeo de pesca a mosca.

Nos presentaron, vareamos un rato en una revuelta del río Eo, y el bueno de Pablo, en lugar de mandarme a freír espárragos, me propuso que me acercase un día a León para compartir un rato en el agua.

Aún no sé por qué lo hizo...

Como no podía ser de otro modo, acepté encantado su invitación y descubrí que yo era un completo ignorante. Cuánto aprendí aquel día en el río Tuerto...

Fue la primera de muchas jornadas, no sólo de pesca, sino también de cecina y buen pan bregado a orillas de ríos leoneses.

La vida fue tejiendo su red. Conocí también a David García Ferreras, quien luego conseguiría un título individual de campeón del mundo; y a David Arcay Fernández, que para entonces ya contaba con la impresionante mar-

ca de ser el más joven campeón del mundo en la historia de la pesca a mosca.

A saber por qué, pero también ellos dos tuvieron a bien acogerme en sus días de moscas y río. A estas alturas supongo que puedo decir, con orgullo y gratitud, que los tres me brindaron su amistad.

Así llegó el año 2015 y el Mundial organizado en Bosnia-Herzegovina por la Fédération Internationale de Pêche Sportive Mouche. Yo busqué frenéticamente en los periódicos. Incluso recuerdo haber vagabundado de madrugada por los canales de deportes... Nadie mencionó que la selección española había ganado.

Sucedió lo mismo en 2016, cuando la escuadra nacional se subió al cajón más alto en los Estados Unidos de América. Ni siquiera en los medios norteamericanos era fácil encontrar una mención.

Para colmo, aquel vagar por el desierto informativo se repitió una vez más tras la increíble victoria en Italia en 2018.

Ya fuera a nivel de selección o individual, los pescadores españoles no dejaban de conseguir títulos, y yo, con creciente desasosiego, veía cómo se ignoraban sus méritos. Como mucho aparecía alguna noticia en prensa local o algún apasionado daba fe de sus éxitos en las redes sociales.

Y me cansé.

Me harté de que no se reconociese públicamente el mérito de un equipo nacional que estaba logrando, que logra y que seguirá logrando, hitos de tal calado. En cinco ediciones consecutivas tres oros y dos bronces...

Cuando me hacían alguna entrevista por los asuntos de mis novelas, si podía, presumía de nuestra selección. La mencioné en radio, en redacciones de periódicos, incluso en televisión.

No sirvió de mucho.

Lamentándolo, llegué a la conclusión de que no había más que pudiera hacer.

Para colmo, cuando leía a otros, encontraba menciones a nuestra selección. Me topé con alusiones a nuestros pescadores en los fantásticos libros publicados por los estadounidenses Devin Olsen y George Daniel, ambos escriben con admiración sobre la indiscutible capacidad de los nuestros.

Por algún motivo, se le daba más crédito a la escuadra nacional fuera de nuestras fronteras que dentro. Incluso hay anécdotas sobre cómo los miembros del equipo español son asaltados en aeropuertos de medio mundo para firmar autógrafos, como cuentan que le sucedía a Mel Krieger cada vez que pisaba un aeródromo patagónico.

Quizá sea cierta esa fama de país cainita que se derrama por las esquinas de nuestra España...

Un día, volviendo de León tras una lección magistral de mi querido David Ferreras en el mítico Órbigo, tuve una idea. Mientras conducía de regreso a casa recordaba la jornada; habíamos estado pescando al rececho, buscando truchas solitarias que cebaban bajo las salgueras de la orilla y, como siempre, yo había espantado un pedazo de mi ignorancia. En tanto los kilómetros se escurrían bajo los neumáticos, caí en la cuenta de que sí había algo que estaba en mi mano. Había una cosa sobre la que se suponía que yo sabía.

Podía escribirlo. Contar sus técnicas, enseñar sus moscas, mencionar sus trucos... Podía escribir su historia.

Así nació este libro. Gracias a una jornada en el Órbigo y gracias a la fe que mis editores pusieron en un proyecto sobre el que no tenían repajolera idea (gracias Daniel, gracias Penélope).



Así nacieron estas páginas, y espero que rindan el homenaje que se merecen los miembros de la selección española de pesca a mosca de salmónidos y que muchos, muchos más a lo largo y ancho del mundo, conozcan a los campeones. Muchos, de toda clase, condición y opinión. Porque éste es un libro conciliador, sin colores o tendencias. Útil para cualquiera, sean cuales sean sus ideas sobre la pesca, la captura y suelta, la normativa, la competición. Sin importar si se acerca al río los fines de semana o si le dedica más de doscientas jornadas al año. Si pertenece a un club o no, si está federado o no. Éstas son páginas escritas con cariño para todo aquel al que le guste la pesca con mosca. Y no lo son por mérito mío; lo son porque la selección es la nuestra, la de todos y para todos.

Yo lo he hecho lo mejor que he podido y sólo lamento que la logística y el tiempo no hayan permitido incluir en estos reportajes más jornadas de pesca con más miembros de los equipos nacionales, como antiguos miembros de selecciones de antaño o como los habituales seleccionados para los campeonatos de Europa, que logran año tras año excelentes posiciones.

Durante la temporada de pesca del año 2020, mientras la selección española de pesca a mosca de salmónidos se preparaba para el Eu-



ropeo FIPS-Mouche de Noruega y el Mundial FIPS de Finlandia, redondeando la cifra, el fotógrafo Alberto Castro y yo recorrimos 15 000 kilómetros de punta a punta de la península, tomamos más de 10 000 fotografías y grabamos casi 100 horas de preguntas y respuestas. Todo para traer a estas páginas el conocimiento acumulado de quienes, con justicia, son considerados los mejores del mundo; sin embargo, por desgracia, se nos quedaron ideas y pescadores en el tintero.

Hubo que asumir ciertos límites, por molestos que fueran. Hubo de aceptarse que sólo

una pequeña parte de los grandes pescadores españoles podían participar en este proyecto. De ello soy enteramente responsable y lo lamento. No ha habido tiempo ni medios para más, pero quizás haya más ocasiones en el futuro...

Téngase en cuenta que, a mitad de proyecto, nos sacudió la negra ola de la manida pandemia y los planes se fueron al traste. Las competiciones se retrasaron, hubo que cancelar jornadas, posponer sesiones fotográficas, guardar distancias, usar mascarillas...

Dadas las circunstancias, lo hicimos, lo hice, lo mejor que supimos, y entre sus manos tiene el resultado de una docena de jornadas en algunos de los más bellos ríos españoles... Espero que lo disfrute.

Francisco Narla

En la ribera de un río escondido en los montes gallegos, mientras pequeñas moscas de la piedra hacen cebarse a las pintonas en el tramo de aguas paradas que puedo ver desde la ventana de mi despacho.



EN LA ORILLA, PREPARANDO EL EQUIPO...

Ver pescar a cualquiera de nuestros campeones es una auténtica cura de humildad.

Sus conocimientos de todos y cada uno de los aspectos del intrincado mundo de la pesca con mosca son casi inabarcables. Son ejemplo de eficiencia. En sus manos, las moscas pasan más tiempo en el agua, los falsos lances se reducen, los nudos nunca salen mal, las plumas flotan mejor... Gracias al duro entrenamiento, al tiempo dedicado y a su natural talento, todos ellos cuentan con un ar-

senal casi infinito de habilidades, capacidades y trucos que resultan asombrosos. Se anudan los cordones de manera especial, sujetan el hilo antes de cortarlo de forma concreta, se colocan los tirantes de los vadeadores de un modo específico, ordenan sus chalecos, modifican sus salabres... Es apabullante y, merced a su buena disposición, parte de todo ese inmenso conocimiento se desvela ahora en estas páginas.

Por eso hay que dejar constancia, antes de comenzar, de que este libro ha sido posible



Oro en el Mundial FIPS-Mouche celebrado en Bosnia y Herzegovina en 2015.



Oro en el Mundial FIPS-Mouche celebrado en Estados Unidos en 2016.

gracias a la generosidad de los campeones, nuestros campeones, que no sólo sacrifican mucho de su vida personal para lustrar el correspondiente palmarés, sino que también están dispuestos a compartir, a enseñar, a dejarse conocer.

Dada su generosa disposición, tuve la oportunidad de compartir con cada uno de ellos una larga jornada de pesca con un solo equipo. Así, con una caña y cuatro manos, alternando una trucha cada uno cuando picaban o un rato cada cual cuando las pintonas recibían, a lo largo de la jornada intenté aprehender todo lo posible de sus virtudes, sus técnicas y sus costumbres. La idea era desentrañar de

mano de cada uno de los campeones los secretos de la técnica con la que más a gusto se sentían y, al tiempo, conocerlos a todos y a cada uno no sólo como pescadores, sino también como personas.

El objetivo era que yo mismo me convirtiera en usted, querido lector.

Mi deber en cada jornada era observar, anotar, aprender, preguntar hasta la saciedad. Todo con el único fin de plasmar todo lo aprendido en estas páginas. Se trataba de poner a disposición de cualquier pescador con mosca una visión cercana y precisa de los secretos de toda una generación que, en cinco años consecutivos, ha logrado tres oros y dos



Bronce en el Mundial FIPS-Mouche celebrado en Eslovaquia en 2017.

bronces en los torneos intercontinentales, un hito incomparable en cualquier otro deporte o momento.

Hay selecciones nacionales en cuyo palmarés relumbran más oros, y también hay logros individuales como el de Pascal Cognard, que consiguió subirse al cajón más alto del podio en tres ocasiones, pero nunca antes en el deporte de la pesca con mosca se había producido una racha semejante de éxitos; era neces-

sario dejar constancia de algo así y, al tiempo, averiguar cómo fue posible.

Con cada uno de los siguientes capítulos, cualquier aficionado, sea cual sea su nivel, aprenderá lo mejor de este deporte, y lo aprenderá gracias a los mejores.

Estas páginas son al tiempo un sincero agradecimiento y un necesario testimonio de esos incomparables logros deportivos; pero, además, también un útil recetario técnico en el



Oro en el Mundial FIPS-Mouche celebrado en Italia en 2018.



que se pone a disposición del aficionado el conocimiento acumulado en miles de jornadas de pesca en los más variados escenarios del mundo entero.

Éste es, en definitiva, un retrato del presente de nuestros campeones.

Gracias por los éxitos logrados. Habéis hecho que todos los que hemos atado alguna vez una mosca nos sintamos orgullosos...

Yo sólo espero haber sido un buen mensajero.



DAVID ARCAY FERNÁNDEZ, «EL GALLEGO»



**STREAMER EN LAGO DESDE EMBARCACIÓN
A LA DERIVA**

**«La lucha te llevará a la victoria;
la duda, al fracaso».**

UNAS PALABRAS DE JUANMA GARCÍA

*D*e un modo u otro, en primera línea o desde la retaguardia, he estado ligado al maravilloso y controvertido mundo de la competición en la pesca con mosca desde los primeros campeonatos oficiales en los que tomé parte, en aquellos lejanos noventa; incluso ahora, cuando hace ya tantos años que disputé mi última manga, me he embarcado en la reconfortante aventura de ser el seleccionador juvenil para los aragoneses.

Son muchas las anécdotas, y espero que algún día, igual que Narla se ha animado con este texto, alguien más le ponga redaños y se enfrente a la tarea de compilar para el recuerdo la historia de este deporte en este país tan particular que ha dado en llamarse España.

Aún recuerdo, antes de mis días de competidor, a los polacos que llegaron para aquel Mundial que se disputó en la península en el año del Naranjito. Venían en el equivalente soviético de uno de los Seat 124 que rodaban por nuestras carreteras nacionales. En aquel entonces se les tenía que dar bien a la fuerza, porque tanto ellos como los checos dependían de sus éxitos deportivos para llevar pan a la mesa. Traían enormes cantidades de moscas y

ninfas que vendían dada la publicidad que suponían sus éxitos deportivos y, gracias a eso, sus familias podían alejarse de las miserias del comunismo, al menos por un año.

Ahora las cosas han cambiado mucho y, afortunadamente, es nuestro himno nacional el que suena a menudo en la entrega de medallas.

Cuando reflexiono al respecto creo que estábamos encaminados a lograrlo. En esta piel de toro llena de las cicatrices que ha dejado la historia se nos había dejado una herencia que nos mostraba el camino.

En las últimas décadas, los españoles hemos conseguido resultados memorables en casi cualquier deporte imaginable, desde los circuitos de velocidad a las pistas de hielo, por no hablar del bádminton o de esos inconscientes que se echan montaña abajo en un trineo. Lógicamente, algo así tenía que suceder en algo tan nuestro como la pesca, con una sólida tradición que se remonta a tiempos medievales; si incluso podemos presumir de textos como el Manuscrito de Astorga.

España es una península, un hecho especialmente significativo para el pescador, pues brinda la oportunidad de pescar en todo tipo

de ríos, desde su nacimiento hasta su desembocadura, y, además, ese carácter único, esa «furia roja» que los del balón han puesto en la picota, da alas frente a la adversidad.

Teníamos los mimbres y sólo nos faltaba organizarnos, porque de eso sí que debe reconocerse que andamos algo cortos. A veces nos puede la picaresca nacional y ese dejar las cosas para última hora. Igual que recuerdo a los polacos, también me acuerdo de cuando un pescador iba a un mundial sólo porque hablaba inglés...

Se formalizó la competición, se instalaron divisiones, ascensos y descensos, y se logró una seriedad que empezó a dar algunos frutos, pero que tenía una enorme contrapartida: limitaba la función del seleccionador.

Sin duda, el siguiente peldaño se ascendió gracias a los cambios producidos a la hora de formar el combinado nacional: cuando se le dio al seleccionador la potestad de elegir a los mejores sin tener que preocuparse por sus posiciones en el torneo disputado en un fin semana.

Sin embargo, el indomable carácter patrio y dejar al seleccionador hacer su trabajo no fueron suficientes. Para que llegasen los primeros oros hacía falta una buena cesta de embutidos.

Sí, una cesta.

Con sus chiretas, sus recaos y sus longanizas.

Cada vez que se disputaba uno de los «selectivos» nacionales, yo llevaba una cesta así para que todo el que quisiera pudiera compartirla. Fueron muchas las recetas de ninfas que se ilustraron con una tajada de chorizo, y en más de una ocasión un taco de jamón turolense hizo las veces de trucha cuando alguien explicaba una postura.

Nos reuníamos alrededor de esa cesta, y esa cesta se convirtió en el núcleo de la futura selección nacional.

Con orgullo, creo que puedo afirmar sin que nadie se atreva a rebatirlo que yo puse uno de los primeros ladrillos que hacían falta para construir el rascacielos desde el que ahora podemos mirar por encima del hombro a tantos otros competidores, y es que lo más importante, la clave del cambio, la viga maestra en la que se sustentan los triunfos españoles es el trabajo en equipo.

Otras selecciones han contado con masajistas, con montadores que trabajaban en exclusiva para ellos, con presupuestos inimaginables, pero ninguno de ellos ha logrado dar con la verdadera tecla que contiene la nota con la

que se componen las sinfonías que llevan al cajón más alto: el sentido de equipo.

Como aquellos mosqueteros de Dumas, todos para uno y uno para todos, sin ocultismos, sin secretismos, dispuestos a sacrificarse por el resultado común y no el individual.

Estoy convencido de que eso es lo que ha hecho grande a los nuestros, trabajar como una

unidad, competir como un solo hombre. Comer todos de la misma cesta.

Y, lo que es más importante, estoy convencido de que encontrarán la manera de saber transmitirlo a las nuevas generaciones.

Juanma García es pescador



BIOGRAFÍA

«El Gallego» nació en 1990 en el modesto barrio de El Ventorrillo, una zona de A Coruña surgida durante la expansión inmobiliaria de aquellos setenta vestidos de pana y que, no mucho después, quedó irremediablemente asociada al cercano poblado chabolista de Penamoa, que se convertiría en el centro de distribución local de droga durante las siguientes décadas.

Aunque su infancia no quedó marcada por esa infausta coincidencia y menos por el bullicioso entorno del apurado crecimiento inmobiliario; lo que definió a aquel niño fue la afición de su padre.

Impenitente pescador de la vieja escuela, José Arcay había encontrado años antes la manera de librarse de las reprimendas de su novia por sus continuos retrasos. Terminó por convencer a la que sería su esposa de que lo acompañase al río. Sorprendentemente, el asunto cuajó. La pesca se convirtió en una tradición familiar que Marga y José regalaron a sus dos hijos.

Igual que ya había hecho antes su hermana mayor, el niño acompañó a sus padres desde que fue capaz de tenerse en pie. Y fue en el río coruñés de Vilabade, con apenas tres años, donde sacó su primera trucha. La puntera de una caña cebada con lombriz cimbreó en la orilla, y el ojo experto de su padre le dijo al chiquillo que recogiera.

Así empezó todo.

Tal y como relata su padre, a los cuatro años era capaz de anudar aparejos y apañárselas solo. Aquel niño inquieto le cogió tirria al hombre del tiempo y a sus mensajes televisivos,



porque anunciaba fines de semana muy gallegos, anegados por una lluvia que lo obligaba a quedarse al cuidado de los abuelos en tanto los mayores iban al río.

Antes de cumplir los diez, ya arriesgaba más que muchos veteranos y pegaba las cucharillas a las salgueras de la orilla para conseguir capturas imposibles.

Algo mágico había en ello, y su madre aún sigue buscando la oportunidad de toparse con el entrenador de fútbol del chico. Con esa tranca gallega que sabe a ajada, Marga repite que le encantaría agradecerle haber echado a su hijo de aquel equipo aficionado porque no le auguraba un gran futuro en el deporte. Afortunadamente, tras el rechazo, el crío volcó todas sus energías en la pesca.

Ese don, como lo sigue definiendo su padre, medró rápidamente. Y no se le escapó a otros pescadores.

Un día, en el muelle de Abrigo, tentando calamares con poteras, un veterano llamado Germán Suárez le habló del mágico mundo de la tralla, y la fantasía del mocoso se desató.



No mucho después, Germán Suárez le brindó la oportunidad de probar un equipo de mosca. El mundo cambió. La línea en el aire, las tomas de las pintonas a seca, el montaje con pluma de León... Quedó cautivo para siempre de esa mística tejida con sedas y crines de caballo.

Apadrinado por el veterano y con el beneplácito de sus padres, el jovencísimo Arcay se unió al histórico club de pesca deportiva Salmo, fundado en el año 1950 en A Coruña. En ese entorno recibió sus primeros cursos de montaje y lance.

A partir de ese momento, como su padre dice con orgullo, el hijo dejó de ser el pupilo para convertirse en el maestro.

Con sólo doce años, el club confió en él para formar parte de sus equipos oficiales, y ya en su primer torneo de cierto nivel su talento atrajo a un histórico de nuestra selección.

Juanma García, que para entonces ya había logrado dos bronce por equipos en mundiales, entendió enseguida que aquel pillastre inquieto atesoraba magia.

Le regaló la gorra que vestía, edición conmemorativa de uno de aquellos campeonatos del mundo, y le propuso que se acercase hasta Aragón, donde le abriría las puertas de su ho-

gar para aprender no sólo a pescar, sino también a competir.

Juama García en la pesca de competición, Manuel Iglesias en las técnicas de lance, Germán Suárez en la paciencia y sus padres en la vida fueron sus maestros. Y todos le exigían que sacase buenas notas para poder acompañarlos en cursos y seminarios. El muchacho se esforzaba con los libros para que le dejaran aprender en los ríos, aunque a veces sus profesores enarcaban las cejas cuando hablaba de nutrias, truchas y montajes en «comparadun».

Cursó hasta segundo de Fisioterapia, pero no llegó a sentirse cómodo en el mundo académico. Sin embargo, en la pesca, fuera cual fuera el lugar del mundo al que lo llevaban sus competiciones, encontraba siempre cómo brillar.

Con sólo catorce años, el Gallego ganó en su tierra su primer Campeonato de España juvenil. En las aguas calmas del Ulla, a su paso por Monterroso, las imitaciones de terrestres chapoteando en las sombras ribereñas abrieron de par en par la puerta al mundo de los sueños y, por primera vez, el joven se atrevió a anhelar convertirse en campeón del mundo.



Hubo tropiezos en el camino, algún mundial juvenil se escapó por azarosos resbalones en la última manga, pero, a partir de aquel primer gran éxito, su carrera ha resultado tan fulgurante y célebre que, con treinta recién cumplidos, no sólo cuenta ya con varios títulos mundiales e infinidad de galardones menores, sino también con su propia empresa de material de pesca, **ARCAY fishing**®, en la que ha puesto toda su experiencia para ofrecer al aficionado el equipo de la alta competición.

Reconocido internacionalmente, ha tenido ofertas de empleo a lo largo y ancho del mundo, y en los Estados Unidos incluso han creído que sus dólares podían convencer a un gallego de abandonar empanadas, lacones y gre-

los, pero se equivocaron. A lo más que ha accedido es a convertirse en entrenador de la selección canadiense de pesca con mosca.

Junto a su pareja, Silvia, continúa viviendo en A Coruña. Tienen mascotas porque Arcay siempre ha sido amante de los bichos y ha cobijado agapornis, chinchillas e incluso acuarios en los que metía cangrejos sacados del río que, por las noches, se escapaban para hacer excursiones por el pasillo. Empiezan a planear una vida familiar y acaban de instalarse en su primera casa, atrapados como cualquier hijo de vecino por los garabatos del banco. Y, mientras Silvia se dedica a la terapia ocupacional, Arcay aspira a superar el hito del mítico Pascal Cognard, quien logró tres campeonatos del mundo individuales.



PALMARÉS

Títulos oficiales de categoría absoluta en competiciones FIPS-Mouche continentales y mundiales.

Como integrante del equipo nacional:

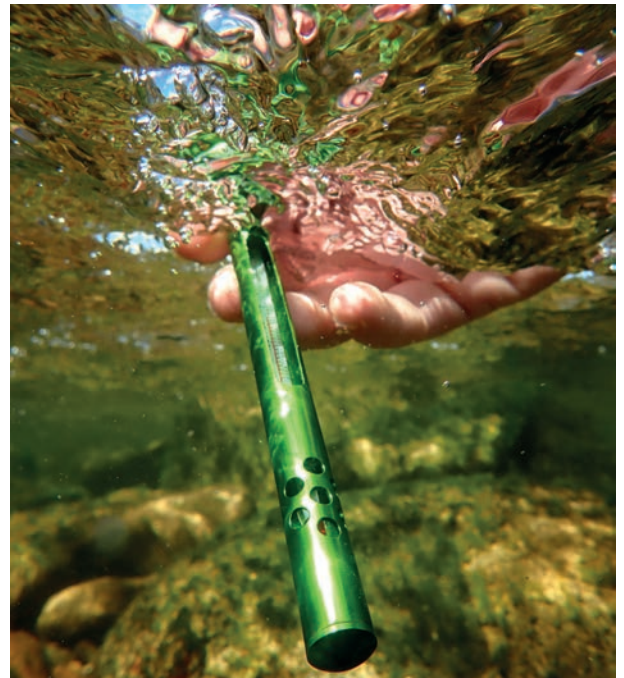
Bronce por equipos en el Mundial FIPS de 2019, celebrado en Australia.

Oro por equipos en el Mundial FIPS de 2018, celebrado en Italia.

Bronce por equipos en el Mundial FIPS de 2017, celebrado en Eslovaquia.

Oro por equipos en el Mundial FIPS de 2016, celebrado en Estados Unidos de América.

Oro por equipos en el Mundial FIPS de 2015, celebrado en Bosnia y Herzegovina.



Bronce por equipos en el Mundial FIPS de 2012, celebrado en Eslovenia.

Plata por equipos en el Europeo FIPS de 2010, celebrado en Bosnia y Herzegovina.

Oro individual en el Mundial FIPS de 2012, celebrado en Eslovenia.

Además de cientos de otros títulos menores, campeonatos nacionales y un sinfín de torneos en los que subió a lo más alto del cajón, David Arcay cuenta también con dos bronce en mundiales juveniles y con la más importante de todas las menciones para un deportista: la Medalla del Comité Olímpico Español como reconocimiento a su excelencia.



MOMENTO IMBORRABLE DE SU CARRERA DEPORTIVA

Al hablar de ello, le cuesta decidirse por algo personal; hay que animarlo a que piense en sí mismo y no en las victorias conseguidas por la selección como equipo. Pero después de insistir un poco, en la sobremesa, tras la jornada de pesca, al amor de unos tragos de orujo de hierbas, bien reposado el café, mientras yo enciendo mi cigarro, él me mira con pena por mor de mis vicios y al final contesta.

Con una sonrisa que recuerda a las travesuras de infancia, enmarcada en la barba que se deja crecer estos últimos años, Arcay recuerda, casi revive, la tensión de la larga espera durante el recuento final del Mundial FIPS-Mouche de 2012.

Tras todo el esfuerzo, tras las complicadas mangas en los ríos eslovenos, tras el regusto amargo de haber descendido de categoría nacional sólo un par de semanas antes, la decisión final por el título se hizo esperar. Como selección se había conseguido un meritorio tercer puesto, un bronce que sólo tenía la pega de repetir una posición a la que los nuestros parecían avocados una edición tras otra. Como reconoce Arcay, hinchas acérrimo del Real Club Deportivo de La Coruña, daba la sensación de que los nuestros estaban malditos, o que lo estaba aquel condenado bronce, algo así como aquella maldición de los cuartos de final que sufrían los del balompié antes de aquella noche sudafricana.

Las clasificaciones individuales se demoraron. Tuvo que ejercitar la paciencia sus buenas horas, como le había enseñado Germán. Mientras lo cuenta, señala mi cigarro y, enrevesando aún más la sonrisa, cargándola de retranca heredada, reconoce que en momentos como aquel se echa de menos no haber caído en el vicio del tabaco para aplacar los nervios.

Fue una tensa espera que culminó con la consecución del título mundial individual y una auténtica explosión de alegría que, por for-

tuna, pudo compartir con su familia, presente en aquella ocasión como en tantas otras, pues, siempre que les es posible, lo acompañan a estos grandes eventos.

El título vino acompañado de una sorpresa más; el Gallego se convirtió en el deportista más joven en lograr jamás semejante hito, hecho que se ratificó con la entrega de la Medalla del Comité Olímpico Español, la máxima distinción a la que puede aspirar un deportista español.



EL LUGAR ESCOGIDO

Con aires nostálgicos, impropios de su juventud, David Arcay cuenta que el Xallas ha visitado sus jornadas desde que era un crío. Y sabemos que es una afirmación literal.

Su familia se involucró en la organización del famoso Open anual celebrado en sus tramos, y él mismo se ha cobrado más de un trofeo en sus muchas ediciones. Casualidades que guarda el destino en los bolsillos, su pareja es de un ayuntamiento bañado por las aguas del bravo río Xallas, un corto cauce coruñés que se descuelga ansioso desde los montes para precipitarse al mar en la preciosa cascada de Ézaro, con fama de ser la única en toda Europa que se deshilacha en aguas del océano.

En ese impetuoso río hay varias centrales hidroeléctricas con sus consabidas represas, y una de ellas alberga el lugar escogido para la jornada: el embalse conocido como A Ferven-



za, que podría traducirse del gallego local como «la cascada».

La construcción data de los sesenta y lo anegado fueron, principalmente, tierras de cultivo de aquella Galicia rural que tan atrás quedó esos días.

Desgraciadamente, como suele suceder de tanto en tanto con los cauces regulados, a lo largo de los años se ha producido alguna suelta de



agua indebida, lo que ha llevado a lamentables mortandades de peces. Sin embargo, la población de truchas salvajes goza de buena salud y el Xallas se ha recuperado siempre con rapidez.

Es una inmensa masa de agua que abarca más de mil hectáreas y que, sin embargo, pese a su extensión, no tiene una capacidad reseñable. Curiosamente y, por fortuna para el pescador, su profundidad media es relativamente baja, haciendo fácil prospectar las cercanías del fondo en buena parte del pantano.

Tan grande es la superficie del embalse, que abarca los ayuntamientos de Dumbría, Ma-

zaricos, Vimianzo y Zas, que los locales lo creen responsable de las persistentes nieblas que se aferran al valle. Y lo cierto es que para el pescador resulta un escenario abrumador, pues las regulaciones locales prohíben el uso de embarcaciones a motor y tan enorme masa de agua plantea siempre un reto a fin de localizar las truchas. Por suerte, el pantano está plagado de entradas y recovecos, definidos por la intrincada vega del antiguo cauce. Incluso hay alguna isla y sus consecuentes canales, ofreciendo al truchero lugares evidentes en los que tentar a su presa.

Además, el entorno resulta cautivador, aunque algo hay en sus riberas de plantación forestal, queda mucho del antiguo bosque atlántico, con sus robles, abedules y alisos, siempre más hogareños que los discutidos eucaliptos. Y, como añadido, cuenta con cercanas áreas recreativas, un aula de interpretación de la naturaleza y varias empresas locales que ofrecen actividades al aire libre como la equitación o el piragüismo, e incluso hay una pequeña pista de hierba adecuada para ultraligeros.



LA TÉCNICA ESCOGIDA Y EL EQUIPO EMPLEADO

Con querencia por este río y su entorno, David Arcay, involucrado en la redacción de la ley autonómica de pesca, ha movido cielo y tierra para que, recién abierta la temporada, se nos conceda un permiso excepcional para pescar desde

embarcación a motor en el embalse de A Ferrenza.

Orgulloso de su tierra, quiere mostrar uno de sus más bellos rincones y, además, ponernos a todos en las mismas tesituras que sufrió la selección nacional al enfrentarse a los someros y



difíciles lagos de Tasmania, sede del Mundial FIPS-Mouche de 2019.

Tienen estos lagos australianos fama de paraíso por lo poco de su profundidad (muchos son prácticamente vadeables) y por el tamaño de sus truchas, pero también por lo complejo de su pesca; y este territorio nacional de Aray es de los pocos lugares que recuerda a esos escenarios australes.

De modo que será una jornada desde embarcación con la ayuda de un silencioso motor eléctrico y un ancla de capa para controlar la deriva (también conocida como ancla flotante). Una variante del estilo escocés llamado *loch style*.

Nota: En las distintas mangas que disputar en lago en los mundiales FIPS-Mouche, hay ocasiones en las que se pesca desde orilla, otras desde embarcación fondeada y algunas con embarcación a la deriva, de modo que los miembros de nuestra selección deben dominar todas las disciplinas.

Para sus cañas y aparejo, Aray ha escogido dos cañas de 10 pies y línea 7 manufacturadas



por su propia marca, según especificaciones personales. Como no podía ser de otro modo, están fabricadas con carbono de última generación tratado con nanotecnología y siguen la tendencia de los últimos tiempos: tercio posterior mucho más firme que hace años, y tercio delantero mucho más dócil. Una acción muy progresiva que permite manejar grandes distancias incluso con líneas densas y, al tiempo, ser gentil con las clavadas y el trabajo de las artificiales.

Quiere contar con dos cañas para poder tener en todo momento dos líneas con diferentes velocidades de hundimiento.

Son líneas producidas acorde con la experiencia brindada por años de competición de alto nivel y producidas según las especificaciones del equipo ARCA Fishing ®. Se trata de hundidas asimétricas de masa adelantada, las conocidas como S-WF, *Sinking-Weight Forward*.

Han sido fabricadas con una cabeza de lanzamiento de 13 metros y una longitud total de 42 metros, lo que permite presentaciones estables y progresivas, adecuadas a las largas distancias habituales en lagos y embalses.

Son de las denominadas «no compensadas», es decir, la densidad es la misma a lo largo de toda la línea, con lo cual el hundimiento de la línea describirá una parábola, ya que el tramo de mayor calibre (y por tanto el más pesado), el que está en la parte de la cabeza lanzadora más alejada de la mosca, se hunde más rápidamente que el resto de la línea.

Nota: Existen en el mercado líneas de hundimiento denominadas compensadas, *balanced*, que, independientemente de su capacidad de hundimiento, varían su densidad a lo largo de su longitud para conseguir un hundimiento paralelo a la superficie del agua incluso a pesar de que su perfil no sea paralelo; dicho de otro modo, no tienden a combarse donde la línea es más gruesa (son habituales para presentaciones casi verticales, como en la técnica de *dangling* para pescar con imitaciones de quironómido). Unas de las primeras con esta particularidad fueron las diseñadas por el guía y pescador profesional James Teeny, que desarrolló líneas de cabeza adelantada y hundida que mantenían la densidad a lo largo de todo el tramo inicial. Resultaban difíciles de lanzar, pero colocaban los artificiales a la profundidad deseada con muy poco margen de error.

Además del perfil de la línea, conocedor del panorama con el que espera encontrarse, Arcay ha elegido dos denominaciones muy concretas de hundimiento: una S3 y una S5.

Nota: En contraposición a las líneas capaces de hundirse a lo largo de toda su extensión, existen también líneas denominadas de punta hundida, donde sólo los primeros metros están fabricados para profundizar mientras el resto de la línea es flotante. En general, las anteriores son más adecuadas para lago y una pesca activa, mientras que estas últimas suelen resultar más apropiadas para zonas someras o para río, especialmente para el uso de ninfas o ahogadas con técnicas pasivas. En realidad, son apropiadas para derivas muertas aguas abajo; su tramo flotante permite una recuperación más fácil para un nuevo lance. Sin embargo, ésta es una apreciación muy general; hay técnicas específicas para cada escenario que pueden cambiar estas recomendaciones generales.

Y merece la pena hacer un alto para aclarar el significado de la referencia. La mayoría de fabricantes del mercado ha adoptado una de dos nomenclaturas posibles para especificar la densidad de sus líneas hundidas: o bien las referencian con un número de centenas o bien las denominan con un número entero del 1 al 7.

Nota: Algunos fabricantes, en lugar de clasificar sus líneas como S1, S2 o similares utilizan el acrónimo DI, *density index*, que viene a tener un significado similar.

Las primeras, con referencias como 150, 300, 500, 700 o 900, se refieren a las centenas de *grains* que pesa un cierto tramo de la línea, normalmente la cabeza lanzadora de la misma o las primeras diez yardas (aunque existen particularidades según el fabricante). Las segundas hablan directamente de la velocidad de hundimiento; una S1, *sinking one*, se hundirá aproximadamente a 1 pulgada por segundo; una S2, *sinking two*, a 2 pulgadas por segundo, y así sucesivamente hasta llegar a las S7, capaces de hundirse a 7 pulgadas por segundo; es decir, algo menos de veinte centímetros por segundo, valores todos ellos muy útiles cuando se pretende establecer de manera precisa la profundidad de pesca, pues, tras el lance de presentación bastará esperar un número determinado de segundos para asegurarse de que los artificiales progresan a la profundidad deseada.

Nota: Teniendo en cuenta que la mayoría de los estándares en la pesca con mosca proceden de la industria norteamericana, es habitual que las referencias sean en su sistema métrico. Como muestra, se incluyen a continua-



ción algunas equivalencias con el sistema internacional. La pulgada, *inch*, supone el grosor de la falange de un pulgar y se estandariza con un valor de 2,54 centímetros. Es habitual que se empleen sus fracciones para definir medidas inferiores, como en el caso de las bolas de tungsteno para el montaje de ninfas, a las que los comercios del ramo norteamericanos se refieren con valores como 1/16 de pulgada (equivalente a 1,5 milímetros), 5/64 de pulgada (equivalente a 2 milímetros), 3/32 de pulgada (equivalente a 2,3 milímetros), etc.

Las yardas, *yards*, suponen la longitud de media braza, y en el sistema anglosajón se han estandarizado con un valor de algo menos de noventa y dos centímetros (91,44 cm). El pie, *foot*, equivale a la longitud del talón a la punta de los dedos de un pie, y para el sistema anglosajón se establece como algo menos de treinta y un centímetros (30,48 cm). Tres pies conforman una yarda.

En el caso de la onza, *ounce*, ha de distinguirse entre la unidad que se refiere a volumen, peso o masa. Conforme a masa, su equivalente en el SI sería de 28,3 gramos.

Los *grains*, traducidos como granos, son muy utilizadas para valores muy pequeños de masa. Es habitual verlos como referencia al hablar de munición o de cabezas para flechas destinadas al tiro con arco. De forma aproximada, un gramo del sistema internacional equivale a dieciséis *grains* (un *grain* tiene una masa aproximada de 0,065 gramos).

Nota: Debe recordarse que el hundimiento de una línea no viene determinado por su masa, por el número de *grains* de un tramo o de toda su longitud, sino por su densidad. Una línea del número 15 tiene una masa mucho mayor que una del número 1, y ambas pueden ser flotantes o hundidas dependiendo del volumen en el que esté repartida esa masa a lo largo de su longitud; es decir, dependiendo de su densidad.

Cada línea termina con una lazada del propio material polivinílico a la que Arcay ha empattado sendos tramos de bajo cónico, que resultan necesarios únicamente para reducir el calibre progresivamente hasta un grosor equiparable al del tramo final del bajo. Dicho tramo final será paralelo, todo él realizado con un fluorocarbono de 0,25 milímetros de la marca ARCAÏ. Grueso y resistente, en preparación para las grandes truchas que espera capturar.

Nota: En general, con líneas hundidas y pesca con *streamers*, se tiende a usar bajos cortos, muy cortos, apenas de un metro, especialmente si se usan moscas sin peso adicional, tal y como ha explicado en tantas ocasiones el